

fuerzo difícil para dominarme, y logré decirle, volviendo á otro lado el rostro:

—Vendré mañana y hablaremos. Hoy es imposible para mí.

Y salí del cuarto, y después de la casa; eché á andar, y al pasar frente á Santa Inés, me detuve, como esperando volver á encontrar en el mismo sitio á Cabezudo, y tropezar con su hombro hasta rompersele.



XI

Libertad.

Al día siguiente, cuando pude con calma recordar la escena de la noche anterior, me pareció espantosa pesadilla, como ella horrible; pero, también como ella, inverosímil y absurda. ¡Cómo había de pensar formalmente Felicia casarse con Don Mateo! No, no podía ser.

Pero ella me lo había dicho de veras; estaba conmovida, lloraba. Era imposible que aquello fuera una broma; pues como demasiado pesada para mí, no podía haber sido inventada por Felicia para disgustarme. Cier- to era, pues, que la joven quería casarse; que me abandonaba, quizá por un simple capricho de niña antojadiza.

Debía de estar resuelta, cuando se atrevía á pedir mi consentimiento, sabiendo, como sabía, el odio que Don Mateo me inspiraba y todo el mal que me había hecho. Por lo mismo, yo no me opondría. No; ni una objeción haría yo; y se casaría, y alejado de ella no volvería nunca á verla.

Mas después de pensar así durante una hora, presentábase Cabezudo en mi imaginación, y al verle, otra vez me parecía un sueño absurdo lo ocurrido la noche anterior, y no podía yo creer imposible que una muchacha como Felicia aceptara por marido á aquel hombre burdo, grosero y repugnante.

Volví en la noche á casa de Felicia, alimentando una vaga esperanza, y temeroso de verla desvanecida. Con más calma, hasta con dulzura hablé con ella; y la joven, sin poder evitar algunas veces que se le saltaran las lágrimas, repitió cuanto la noche anterior me había dicho.

Fingiéndome tranquilidad, pero llena el alma de desesperación, me retiré de allí, y con el más vivo dolor, sentí que Felicia me iba pa-

reciendo una mujer cualquiera. O tenía un juicio impropio y hasta repugnante por su precocidad, ó era quizá arrastrada por la ambición de riquezas, de lujo, de comodidades que yo no podía ofrecerle.

Al despedirme, le anuncié que volvería al día siguiente para hablar con Doña Luisa. Y en efecto, volví, esperando quizá que la buena señora me diría que todo era una comedia de la joven: comedia pesada, que estaba que estaba yo dispuesto á celebrar y aplaudir, con tal que fuese comedia nada más. Pero no; Doña Luisa me contó con pormenores la historia.

Don Mateo no había dejado de visitarlas desde que llegó á la Capital, aunque con poca frecuencia; y por lo mismo llamó la atención de la Señora que desde unos quince días atrás, el General las visitara diariamente. Notó desde luego que Cabezudo procuraba siempre estar cerca de Felicia; que la distinguía especialmente; que se pintaba los bigotes, y que trataba de demostrar finura, con cortesías toscas y pesadas. Felicia no hacía caso de todo esto, y la señora no cre-

yó necesario decírmelo. Pero repentinamente que las atenciones de Don Mateo encontraban correspondencia por parte de la jóven; advirtió que ella esperaba con impaciencia el General, cuando al sonar las seis de la tarde no había llegado; notó mil cosas más que la alarmaron, y al fin preguntó á Felicia qué estaba sucediendo. «Me ha dicho que quiere casarse conmigo,» le había contestado ella. Y entonces Doña Luisa le exigió que me lo contara.

La viuda de Llamas, que encontraba tan absurda como yo aquella determinación, había hablado largamente con Felicia; y esta le había dicho y repetido con juicio y circunspección que tenía muy graves razones para aceptar á Cabezudo; que le quería; que era un hombre excelente, y que la averción que yo le tenía se fundaba en su oposición á mi matrimonio con Remedios; mas no en que Don Mateo fuese un hombre malo.

Doña Luisa concluyó diciéndome que en la mañana de aquel mismo día, Felicia, anunciándole mi visita, le rogó que me con-

venciera de que debía consentir en su matrimonio.

Cuando hube oído todo esto ¿qué duda podía quedarme? En pocas palabras, y de seguro, sin poder ocultar la pena y el disgusto que me dominaban, supliqué á la señora que entendiese en todo aquello sin consultarme en ningún caso; pues la autorice ampliamente para arreglarlo todo. Quería yo que Don Mateo ignorara por completo mi intervención en el asunto; y quería yo, además, que el matrimonio se hiciera pronto; para lo cual doña Luisa haría por mi cuenta los gastos necesarios.

Quiso ella hacerme alguna objeción; pero me negué á oirla, insistí terminantemente en aquellas órdenes, y sin pasar al cuarto de Felicia para despedirme, salí de la casa con el firme propósito de no volver á ella nunca.

En la calle, dirigiéndome á mi habitación, mil pensamientos vinieron á mi cabeza, que ardía como un horno. El trecho era largo, y aunque andaba yo á prisa, tuve tiempo para pensar muchas y diversas cosas, pues

venían estas á mi mente en desorden, atropellándose; y yo apenas tenía tiempo para desechar esta, ver otra, aprobar aquella y desecharla en seguida,

No sé qué fenómeno se verificó en mí durante el breve espacio que gasté en llegar á la redacción; sí sé, que al entrar en ella, aunque sintiendo el a nargor de mis infortunios, sentía yo el corazón como ensanchado, la mente libre de preocupaciones, y aun cierto sentimiento extraño de satisfacción, de contento.

Eran las doce del día, y Claveque y Sabás conversaban en la redacción cuando yo entré.

—Señores buenos días, dije, arrojando el sombrero sobre una mesa ¿Qué tenemos de nuevo por el mundo?

—Algo interesante, contestó Claveque.

—¿Sí? Pues me alegro mucho; porque ando en busca de cosas que interesen.

Sabás abrió los ojos desmesuradamente, admirado de mis palabras y del tono con que eran dichas, mientras yo, tomando una silla me ponía á horcajadas sobre ella.

—Es preciso, continué, sin poder mantenerme quieto diez segundos, que busquemos constantemente noticias de sensación. Ya he dicho á Albar-y Gómez que debe darnos un *reporter*, para que este periódico se levante á la mayor altura; y si no ha de darnosle, haremos nosotros ese servicio. ¿Hay algo interesante? ¿Qué es ello?

Sabás seguía sorprendido, y yo cambiando de posición en la silla á cada instante.

—De eso hablábamos Sabás y yo; contestó Claveque.

—Otro periodista en la cárcel.

—¡Otro! exclamé; indignado.

—Otro, repitió mi compañero.

—¿Pues qué está pasando en este desdichado país?

—¡Qué ha de pasar! que no se puede escribir una palabra para el público, porque cualquier Cabezudo lo mete á uno entre cuatro paredes.

—¡Cabezudo!

—Sí, señor; Ud. no lee la prensa desde hace ocho días, porque anda lleno de no sé que ideas que lo preocupan.

—Pues ya estoy libre, repuse, poniéndome de pié, y con exaltación. Estoy libre de preocupaciones y tonterías, y dispuesto á no pensar sino en los periódicos, la prensa, la cárcel, los triunfos; en todo lo que piensan los demás. Estoy libre, estoy contento, no me detiene ya nada, ni me desvía ningún obstáculo de mis popósitos. Hable V.; póngame al tanto de lo que pasa en el mundo; porque en realidad no sé nada de él desde hace algunos días.

Ambos periodistas me miraban con extrañeza, como asombrado del súbito cambio que en mí notaban.

—Pues lo ocurrido es, dijo Claveque que en estos días varios periódicos han tomado á cargo al famoso General, porque mucho se suena que será ministro.

—¡Ministro ese animal!

—Ni más ni menos. Pero ahí tiene Ud. que se levantan como de acuerdo *El Sina-pismo, La Vía del Progreso, Los Cuatro Vientos* y otros, y sacan al presunto Ministro más de cuatro cosas. Está eso muy divertido. Uno prueba que es un camello; otro

inventa anédoctas de su vida, más picantes que la mostaza inglesa; aquel le dice que vuelva á cojer el arado. Y Bueso se vuelve loco, queriendo contenerlos á todos por la buena ó por la mala.

—¡Bueso! interrumpió Sabás.

—Es claro. Su amigo íntimo, su defensor constante.

—Pero es que eso no puede ser.

—¡Por qué no!

—¡Bueso! repitió Sabás como si no acabara de comprender. Si el mismo señor Bueso me ha hablado á mí, interesándose en que yo atacara al General en *El Cuarto Poder*.

—¡Cómo! exclamé yo.

—No, hombre, eso no es posible; dijo precipitadamente Braulio.

—Le juro á Ud.

—¡Quite Ud! Esa es una de tantas equivocaciones que Ud. padece todos los días, continuó Claveque. Bien sabido es que Bueso es el defensor, el brazo derecho de Cabezudo; que para eso le tiene el General á su lado, y le da cuanto quiere.

—Pero Bueso, dije yo, es un bribón tan grande, que por tener que defenderle, puede pagar á quien le ataque.

Claveque vaciló al oír la entonación briosa con que yo hablé, y alzando los hombros con indiferencia,

—Puede ser, repuso, Bueso es un pillo; pero no lo creo.

¿Pero á mí qué me importaba que Bueso fuera ó no, quien alzaba la polvareda, contra Don Mateo?

¿Era posible que se pensara, que se pudiera pensar algún día en hacerle ministro? ¿Si?..... Pues tanto mejor. *El Censor* tomaría parte en la zambra. Yo me encargaba de ello; pues nadie podría decir lo que yo, respecto á aquel hombre que se había dado de alta como ilustre, ni más ni menos que cuando se hizo teniente coronel. Yo no temía la persecución de que la prensa era víctima, con mengua de la civilización y de las leyes; ni me ablandaba con ruegos de cualquier embajador más ó menos espadachín. Las libertades públicas lo exigían; la verdad oscurecida lo necesitaba; la honra de la

Nación lo estaba reclamando. Y los periodistas, encargados de velar por las libertades públicas, la verdad y la honra de la patria, debíamos acudir á esas necesidades, ó romper nuestras plumas inútiles y envilecidas.

Cuando acabé mi discurso, que yo mismo creía sincera expresión de mis sentimientos, Claveque me dió un abrazo que me sofocó, gritando:

—Bien, Juan: muy bien. Siempre he creído que es Ud. el periodista mexicano de más alientos.

Sabás me contemplaba, con la boca abierta.

XII.

Los tábanos.

¡Libre, sí, libre! Lo sentía yo en mi espíritu, y repetía yo la palabra, saboreándola con singular placer; pero notando siempre que tenía un dejo amargo. Estaba yo desligado de todo respeto, de toda consideración embarazosa; y al hacer el ánimo de romper con todos mis afectos para siempre, recobré la libertad de seguir cualquier camino, por malo que fuera; de hacer daño sin miramientos á nadie; de vengarme de cuantos me hubiesen hecho el mal de darme aquella misma libertad que tanto había yo rehusado.

Sólo me quedaba un estímulo para vivir:

las glorias del periodismo; y el periódico era no solamente mi esperanza y mi consuelo, sino también mi arma.

El primer número que de *El Censor* salió á luz, después de mi emancipación, publicó el primer artículo de aquella famosa serie que tanta circulación dió al periódico. La tal serie llevó este encabezamiento: *De jornalero á ministro*; y no hay para qué decir que se trataba de Don Mateo Cabezudo, aunque no mentara su nombre.

Con crueldad preconcebida y refinada, me propuse referir punto por punto la elevación del Mateo que servía á mi padre cuando yo era niño, con la mayor lentitud, poco á poco, para que la herida fuera más dolorosa. Y así, el primer capítulo no era más que la pintura del jornalero, con toda su humildad, su paciente obediencia de asno educado, sus bajas tareas, sus torpezas, preocupaciones y miserables costumbres. Pero Don Mateo quedaba perfectamente designado, sin temor de que nadie pudiese confundirle con otro; y los periódicos como *La vía del Progreso* y *Los Cuatro Vientos*, aplaudieron con frenesí,

elogiaron la galanura del estilo, la oportunidad de las frases, la chispa á veces, y á veces el vigor del lenguaje y la elevación del tono; sin perjuicio de que á la postre, dejaban caer sobre el acosado General una lluvia de motes, chistes y aun dicterios de lo más grosero y punzante.

Ahora veo que aquellos dos semanarios, y como ellos *El Sinapismo*, *La Tea* y otros, eran de lo más procaz que puede salir de las prensas. Pero para darles crédito cuando me elogiaban tenía yo una razón: que también los diarios que se llamaban serios y representantes de la opinión pública hacían elogios de mis artículos, ya por el prurito de alabar y encarecer lo que olía á oposición al Gobierno; ya porque con seriedad, representación y todo, estaban escritos en peor castellano que *El Censor*.

A este coro de alabanzas se unía la voz de Claveque, llena de exagerado entusiasmo, y la de Sabás, llena de simple admiración. Y yo, envanecido con el buen éxito del primer artículo, y desvanecido con el superior del segundo, me consideré en el quinto cielo de

la fama, á altura en que no podrían alcanzarme nunca ni la envidia con sus envenenadas flechas, ni el rencor con sus poderosas alas.

Antes de publicado el capítulo tercero de mi historia, recibí la visita de Bueso, de aquel tratante en famas, honras, títulos, grados militares y párrafos de gacetilla. Ni oí sus ruegos ni acepté proposiciones de paz; aunque me dijo que Don Mateo tenía determinado ir á buscarme para hacerme callar. Cuando, convencido de su impotencia para reducirme, se retiró, Claveque me dijo.

—Es imposible que Cabezudo provoque á Ud., porque lo tenemos acosado entre seis periódicos, y necesitaría provocarlos á todos.

Y entonces me confesó que escribía en *La Tea* algunos parrafillos contra el General.

Cabezudo, en efecto, estaba acosado, como tigre por jauría, y cansado de luchar, se conformaba ya con enseñar los dientes. Un redactor de *El Sinapismo* había sido reducido á prisión por demanda suya ¿pero había de encerrarlos á todos? Al que quedó sustitui-

yendo al preso, le descalabró una noche en un portal; lo mismo hizo con el gacetillero de *Los Cuatro Vientos* ¿Pero había de descalabrar á cincuenta más?

Y mientras tanto (Sabás me lo había repetido á solas), su agente, su auxiliar, el gran Bueso, que le comía un lado, atizaba el fuego para hallar ocasión de comerle el otro, si es que aun le tenía sano.

Escorroza, jefe de la redacción de *El Cuarto Poder*, había tomado á su cargo la defensa de Cabezudo, previo permiso de Albar y Gómez, tarea que le acarrea diariamente dos docenas de parrafillos de los adversarios, que le ponían como trapo de fregar. Bueso hablaba con él todas las mañanas para acordar la defensa del siguiente día; y después iba á otras dos redacciones para hacer lo mismo; porque tenía Don Mateo tres periódicos amigos, que al decir de Claveque, le chupaban la sangre.

Estos eran los que afirmaban que la dimisión del Ministro de Guerra era segura, más tarde ó más temprano; tan segura y evidente como que le sustituiría en el elevado

empleo un general ilustre, diputado distinguido y opulento propietario, cuyo nombre querían y debían callar por entonces. Noticia que me habría tenido sin cuidado, supuestas las relaciones de Bueso con los tales periódicos, si no fuera porque Claveque me decía que en verdad se aseguraba el encumbramiento de Don Mateo, por Don X, y Don H. y otros Dones muy encopetados, con quienes mi compañero llevaba grande amistad, y aun solía comer de vez en cuando, si le hacían mucha fuerza.

Esta idea, á la que se asociaban siempre el recuerdo de Felicia y la imagen de Remedios, me sacaba de quicio; y entonces era cuando mi pluma, mojada en bilis, corría con facilidad pasmosa sobre el papel, continuando la historia del jornalero.

Un día, sin comprender yo porqué, Claveque me aconsejó que diera al General una tregua; pero no pudo convencerme, por más que me alegó que el público se cansaba y que sería de muy buen efecto dejarle un descanso de quince ó veinte días. Algunos después, insistió en lo mismo, con viví-

simo interés. Discutió, porfió, y al fin me dijo que Remedios le había recordado su promesa, cosa que le había avergonzado mucho; me habló de ella con caluroso elogio, me rogó en su nombre..... ¡Ah! ¡con cuánta hiel escribí entonces el capítulo octavo, pintando la traición de Cabezudo al Gobernador Vaquerill

Mientras tanto, corriendo aquellos días, había yo recibido varios recados de Felicia que me llamaba, reprochándome el poco interés con que la veía. También la viuda de Llamas me llamó con insistencia, y al fin tuve que ceder,

Todo estaba listo para el matrimonio, y se trataba de consultarme para determinar el día de su celebración.

¿Y qué me importaba á mí? ¿No había yo dicho que no quería saber nada? ¿No había facultado á Doña Luisa para que se encargase de todo lo relativo á ese asunto?

Felicia me oyó, conteniéndose para no llorar. No pudo entonces hablar, como otras veces, verbosa y alegremente. Estaba seria, y no disimulaba la pena de que estaba po-

seida. Puesto que yo la abandonaba de ese modo, nada quería ya exigirme, pero por lo menos, deseaba que supiera yo cada uno de sus pasos. Se casaría á los quince días.

—Cásate cuando quieras, contesté con la voz ahogada por el despecho.

Y como vi que Felicia inclinó la cabeza; adivinando que lloraba, me acerqué á ella, con un postrer rayo de esperanza en el corazón.

—¿Pero has pensado bien esto? le pregunté. ¿De veras quieres á ese hombre?

Tuvo un instante de vacilación, pero brevísimo, y bajando más la cabeza,

—Sí lo quiero, contestó con voz muy suave.

—¡Dime la verdad, la verdad! exclamé yo con precipitación, notando más la vacilación de la joven.

Debió de comprender ella lo que pasaba en mi alma; porque alzó la cabeza con resuelto ademán, aunque brillaban las lágrimas en sus ojos, y respondió con firmeza:

—La verdad es que lo quiero. Por eso me caso con él.

En la calle tropecé con Claveque y dos redactores de *El Sinapismo*, á quienes conocía yo bastante. Notaron que algo grave me ocurría, porque mi semblante lo estaba demostrando con claridad.

Pregunté á Claveque si había corregido él el número que debía salir al día siguiente, en el cual se publicaba mi capítulo octavo. Me contestó que sí; pero tartamudeó un poco, y en seguida nos invitó á todos á comer.

La invitación me produjo una alegría extraña. Yo sentía una necesidad sin atinar cual era; y me parecía que Claveque había acertado. Sí, sí; una reunión de amigos, una comida en algún lugar poco concurrido; algo de alegría, de expansión, de vino y de embriaguez..... ¡Eso era lo que yo deseaba, sin comprenderlo!

Aceptada la invitación, Claveque nos guió; pero antes envió una tarjeta á un nuevo redactor de *La Vía del Progreso*, excelente amigo que nos acompañaría en la comida, porque nunca rehusaba un convite. Tenía especial interés en presentármelo; se llamaba Pedro Redondo.

—¡Redondo! exclamé yo con súbita animación. ¡Le conozco perfectamente! Que venga, sí, que venga! ¡Le quiero mucho!

Y sentí la satisfacción de quien tiene cuanto necesita.